

Aristo

CAPÍTULO II

El sensualismo de los sofistas y el materialismo moral de Aristipo.

Sensualismo y materialismo.—Los sofistas, particularmente Protágoras.—Aristipo.—Relación entre el materialismo teórico y el materialismo práctico.—Disolución de la civilización helénica bajo la influencia del materialismo y del sensualismo.

El papel que hace la materia en la naturaleza exterior, le hace en la vida interna del hombre por medio de la sensación; cuando se cree que puede existir la conciencia sin la sensación se es víctima de una ilusión tan sutil como engañosa. La actividad de la conciencia puede desplegarse con energía en las cuestiones más elevadas é importantes á la vez que las sensaciones son casi imperceptibles, pero siempre las sensaciones están en juego y sus relaciones armónicas ó desacordes determinan la naturaleza y valor de las ideas percibidas por la conciencia, del mismo modo que una catedral está formada por piedras toscas, un complicado dibujo por líneas y perfiles materiales y una flor por materias orgánicas.

Así como contemplando la naturaleza exterior el materialismo explica las formas de los objetos por la naturaleza de sus elementos materiales y hace de estos últimos la base de su concepción del mundo, así el sensualismo deriva de las sensaciones todas las ideas de la conciencia. Por eso, en el fondo, el sensualismo y el materialismo dan la preferencia á la materia sobre la forma. Ahora se trata de saber en qué se diferencian uno de otro. Ciertamente que jamás se ha celebrado un pacto por el cual se pueda ser sensualista en la vida interior y materialista en la vida externa, y, no obstante, este punto de vista existe

con frecuencia en la práctica inconsecuente aunque no es filosófico en modo alguno; más bien el materialismo consecuente negará que la sensación exista separada de la materia, y también, en los actos de la conciencia, hallará sólo los efectos de cambios materiales ordinarios y les considerará desde el mismo punto de vista que los restantes hechos materiales de la naturaleza exterior. Por su parte, el sensualismo se verá precisado á negar que nosotros sepamos cosa alguna de los elementos y de los objetos del mundo exterior en general, porque no poseemos más que la percepción de las cosas y no podemos saber la relación de esta percepción con los objetos considerados en sí mismos. La sensación es para el sensualismo no sólo el substratum de todos los actos de la conciencia, sino también el único dato material inmediato, teniendo en cuenta que no conocemos las cosas del mundo exterior más que por nuestras sensaciones. Así, pues, por consecuencia de la incontestable verdad de esta teoría, que está muy lejos de la convicción ordinaria y presupone una concepción unitaria del mundo, el sensualismo aparece como un desarrollo natural del materialismo (20). Este desarrollo se efectuó entre los griegos por la escuela que por lo general penetró más profundamente en la vida antigua, engrandeciéndola primero y relajándola después, por la sofística.

Algún tiempo después de Demócrito contábase de él que encontrándose en Abdeza, su ciudad natal, había visto á un mozo de cuerda colocar de un modo particularmente hábil los pedazos de madera que constituían su carga; Demócrito trabó conversación con él y quedó tan asombrado de su inteligencia que le tomó por discípulo. Este mozo de cuerda fué el hombre que produjo una gran revolución en la historia de la filosofía, constituyéndose en un comerciante de la sabiduría; tal fué Protágoras, el primero de los sofistas (21). Hippias, Prodicus, Gorgias y una larga lista de hombres menos célebres, conocidos es-

pecialmente por los escritos de Platón, recorrieron bien pronto las ciudades de la Grecia enseñando y discutiendo; algunos de ellos adquirieron grandes riquezas; de todas partes acudían á ellos los jóvenes más distinguidos por su talento; su enseñanza estuvo bien pronto de moda, sus doctrinas y sus discursos se hicieron el asunto de las conversaciones cotidianas en las clases elevadas de la sociedad y su celebridad se propagó con una rapidez increíble. Era una novedad en Grecia; los antiguos combatientes de Maratón y los veteranos de las guerras de la independencia movieron la cabeza con repugnancia conservadora, y los mismos partidarios de los sofistas les admiraban poco más ó menos como hoy se admira á un cantante célebre; pero, á pesar de su admiración, casi todos se hubieran avergonzado de llamarse sofistas. Sócrates acostumbraba á confundir y embarazar á los discípulos de los sofistas limitándose á preguntarles cuál era la profesión de sus maestros: «Fidias enseña la escultura é Hipócrates la medicina; pero, ¿qué enseña Protágoras?»

El orgullo y la ostentación de los sofistas no lograron reemplazar la actitud digna y reservada de los antiguos filósofos; el diletantismo aristocrático, en cuanto á sabiduría, fué más estimado por los filósofos de profesión que la práctica de esa sabiduría. Estamos muy distantes de la época en que no se conocían más que los puntos débiles de la sofística; las burlas de Aristófanes, la austera gravedad de Platón y las innumerables anécdotas filosóficas de los períodos subsiguientes concluyeron por acumular sobre el nombre de la sofística todo cuanto pueda imaginarse de charlatanismo, dialéctica venal y de inmoralidad sistemática; sofístico llegó á ser sinónimo de falsa filosofía y, hasta mucho tiempo después, la rehabilitación hecha por Epicuro y sus discípulos no fué ratificada por los sabios cuando el nombre de sofista resumía todas las vergüenzas, considerándose como el más incomprensible de los enigmas el que un Aristófanes hubiera presentado á

Sócrates como el jefe de los sofistas. Hegel y su escuela, con los filósofos modernos, destruyeron toda prevención, debiéndose á Alemania que se haya juzgado al fin á los sofistas con más equidad, pues tuvo el honor de defenderlos con más energía que en Inglaterra Grote en su *Historia de Grecia* y, antes que él, Lewes declaró que el *Eutidemo* de Platón era tan exagerado como las *Nubes* de Aristófanes: «La caricatura que Aristófanes hace de Sócrates se acerca tanto á la verdad como la que Platón hace de los sofistas, con la diferencia de que la una fué determinada por motivos políticos y la otra por una antipatía especulativa». Grote prueba que este odio, algún tanto fanático, existe sólo en Platón y su escuela, pues el Sócrates de Jenofonte está muy lejos de ser un enemigo tan encarnizado de los sofistas.

Protágoras abre una era memorable y decisiva en la historia de la filosofía griega. Toma por punto de partida, no ya el objeto, la naturaleza exterior, sino el sujeto, la esencia intelectual del hombre (22). En esto, sin duda alguna, es el precursor de Sócrates; aún más, se halla en cierto sentido á la cabeza de todo el movimiento antimaterialista que ordinariamente se hace comenzar en Sócrates; no obstante, Protágoras conserva todavía estrechas relaciones con el materialismo por lo mismo que ha tomado la sensación por punto de partida, como Demócrito la materia. Protágoras difiere de Platón y Aristóteles de un modo radical en el sentido materialista; lo importante para él es la *unidad* y la *individualidad*, para Platón y Aristóteles la *generalidad*; en el sensualismo de Protágoras hay un *relativismo* que hace pensar en Büchner y Moleschott. La aserción de que existe alguna cosa tiene necesidad de ser precisada siempre por esta otra: ¿con relación á qué esta cosa existe ó llega á ser?, porque si no, es como si no se dijera nada. De la misma suerte Büchner, para combatir *la cosa en sí*, afirma que «las cosas sólo existen por la relación de las unas con las

otras y que sin relaciones mutuas no tienen sentido alguno». Moleschott dice de una manera más clara todavía: «sin una relación con el ojo, al cual envía sus rayos, el árbol no existe.» El materialismo hace todavía hoy parecidas afirmaciones, pero, según Demócrito, el átomo es un *ser en sí*. Protágoras abandona el atomismo; para él la materia es algo esencialmente indeterminado sometido á fluctuaciones y vicisitudes eternas; es lo que á cada cual le parece. La filosofía de Protágoras está caracterizada, sobre todo, por las siguientes fundamentales tesis de su sensualismo:

1.^a El hombre es la medida de todas las cosas, de aquellas que son en tanto que son y de las que no son en tanto que no son.

2.^a Las aserciones diametralmente opuestas son igualmente verdaderas.

De estas dos tesis, la segunda es la más notable y al mismo tiempo la que recuerda con claridad y precisión más grandes el impudente charlatanismo que, con demasiada frecuencia, se ha considerado como constituyendo toda la antigua sofística; no obstante, esa segunda tesis, por poco que se la explique y aclare con ayuda de la primera, adquiere un sentido más profundo que resume las doctrinas de Protágoras. El hombre es la medida de las cosas, es decir, la manera con que las cosas se nos aparecen depende de nuestras sensaciones y, esta apariencia, es nuestro único dato; así, no sólo el hombre considerado en sus cualidades generales y necesarias, sino también cada individuo en cada instante dado es la medida de las cosas. Si hubiera tratado aquí de las cualidades generales y necesarias, se podría considerar á Protágoras en absoluto como el precursor de la filosofía teórica de Kant; pero Protágoras, para la influencia del sujeto tanto como para la apreciación del objeto, se atiene estrictamente á la percepción individual y, muy lejos de considerar «al hombre en general», no puede, hablando

con rigor, ni siquiera hacer del individuo la medida de las cosas porque aquél es variable y casi la misma temperatura parece en el mismo individuo unas veces fría y otras caliente y las dos sensaciones son igualmente verdaderas, cada una en su momento dado; fuera de esta verdad, no hay otra posible. De este modo la segunda tesis de Protágoras se explica fácilmente sin que sea absurda, y mucho más si, como lo exige el sistema de este filósofo, se la precisa añadiendo: «en el espíritu de dos individuos diferentes». Protágoras no se atrevía á declarar verdadera y falsa al propio tiempo la misma aserción en boca de un solo y mismo individuo, pero decía que, á cada aserción de una persona, se podía, con igual derecho, oponer una aserción contraria emitida por otra persona diferente. Es indudable que hay mucha verdad en esta apreciación de las cosas, porque el hecho cierto, el dato inmediato, es en realidad el fenómeno; pero nuestro espíritu reclama algo estable en la movilidad de los fenómenos; Sócrates trató de alcanzar este elemento de estabilidad y Platón creyó haberlo encontrado en el principio diametralmente opuesto al de los sofistas, en la generalización, convirtiendo de esta suerte el fenómeno aislado en una apariencia fantástica. En esta polémica, los sofistas tienen razón desde el punto de vista especulativo, y la filosofía teórica de Platón no puede fundar su superioridad más que en el presentimiento profundo de una verdad oculta y en las relaciones de esta verdad con las esferas ideales de la vida.

En la moral, sobre todo, es donde se manifiestan las consecuencias fatales del punto de vista adoptado por Protágoras, aunque, á decir verdad, no es él quien deduce esas consecuencias. Dicho filósofo declaró que el placer es el móvil de las acciones, pero puso una línea de demarcación entre los buenos ciudadanos y los hombres generosos, que no hallan el placer más que en el bien y la virtud, y los hombres vulgares y malvados á quienes

arrastra el mal. Sin embargo, de la concepción teórica del mundo que se deriva de ese relativismo absoluto, se debe deducir que *el bien y lo justo*, para el hombre, son lo que en cada ocasión le parece justo y bueno. Como hombres prácticos, y aun como maestros de la virtud, los sofistas salieron del apuro apropiándose en bloque la moral helénica transmitida por la tradición. No podía ser cuestión el deducir esta moral de un principio ó de un sistema según el cual era indispensable favorecer las ideas útiles al Estado, ni tampoco fué elevado á la altura de un precepto de moral aunque se aproximaba á él considerablemente. Se comprende cómo del principio de que el capricho del individuo es la única ley, sacaron las más graves deducciones morales, no sólo los adversarios fanáticos, como Platón, sino también algunos temerarios discípulos de los sofistas. El arte célebre de hacer aparecer buena una mala causa, encuentra en Lewes un apologista, pues ve en este arte una dialéctica para el uso de las gentes prácticas: «el arte de ser cada cual su propio abogado»; pero lo evidente es todo lo contrario. La apología hecha con tan buen éxito para mostrar á los sofistas como hombres honrados é irreprochables, en el terreno de la moral vulgar de los helenos, no basta para desvanecer la censura que se les hace y según la cual, la sofística, en la civilización helénica, fué un elemento disolvente. Reflexionando en la aserción de que el placer es el móvil de las acciones, comprendemos en seguida que el sensualismo de Protágoras es el germen de la teoría del placer adoptada por la escuela cirenaica y desenvuelta por un discípulo de Sócrates: Aristipo.

En la ardiente costa del Africa septentrional estaba situada la colonia griega de Cirene, floreciente por su comercio. A los refinamientos de la civilización helénica se unía allí la molicie del Oriente. Hijo de un rico negociante de esta ciudad, educado en las ideas de lujo y magnificencia, el joven Aristipo se dirigió á Atenas,

donde le atrajo la fama de Sócrates. Notable por su belleza, por el encanto de sus modales y por su conversación espiritual, Aristipo supo ganarse pronto los corazones; se unió á Sócrates y fué considerado como un discípulo de esta filosofía á pesar de la divergencia de sus doctrinas. Su inclinación natural hacia el fausto y los placeres, unido al poderoso influjo de los sofistas, le inspiraron su doctrina: «el placer es el fin de la existencia». Aristóteles le calificó de sofista, pero se reconocen en él las huellas que dejaron las enseñanzas de Sócrates que colocaba el soberano bien en la virtud identificada con la ciencia. Aristipo enseñaba que dominándose á sí mismo y siguiendo á la razón (principios eminentemente socráticos), se seguía el único camino que asegura los placeres durables; sólo el sabio puede en realidad ser dichoso; cierto que, para él, la felicidad estaba en los placeres. Aristipo distinguía dos formas de sensaciones: la una resultado de un movimiento dulce del alma y la otra de un movimiento brusco y rudo; la primera era el placer y la segunda el sufrimiento ó pesar. Como el placer de los sentidos produce con evidencia impresiones más vivas que el placer intelectual, la lógica inexorable del pensamiento helénico condujo á Aristipo á deducir que el placer del cuerpo vale más que el placer del espíritu, que el sufrimiento físico es peor que el sufrimiento moral, y Epicuro imaginó hasta un sofisma para justificar tal doctrina. Por último, Aristipo profesó formalmente que el fin verdadero de la vida no es la felicidad como resultado durable de numerosas y agradables sensaciones, sino el placer sensual de cada momento. Sin duda que tal felicidad es buena, pero también es preciso que emane de sí misma, la cual no puede ser otra que el fin que el hombre se propone. Ningún sensualista de la antigüedad ni de los tiempos modernos fué, en moral, más consecuente que Aristipo; su vida es el mejor comentario de su doctrina.